

2 mini cuentos

POR YOLANDA J. HACKSHAW M.

PODER CONTRA PODER

La libélula revoloteaba alrededor del agua. El agua escudriñaba los espacios íntimos de las piedras. Las piedras rodaban en rítmico movimiento tumultuario sobre el lecho del río. El lecho del río jugueteaba con las arenas brillantes. Las arenas brillantes resplandecían e imitaban al sol. El sol enojado lanzó sus iracundos rayos sobre las corrientes del río y lo secó.

La libélula entonces lloró la ausencia de las aguas, y las nubes compadecidas y por obligación soltaron todas las aguas que el sol creyó haber secado.

YOLANDA J. HACKSHAW M. Magister en Literatura Hispanoamericana y Postgrado en Literatura Panameña por la Universidad de Panamá, en donde es Profesora de Español. Ha publicado: *Corazones en la pared* (2000); *La confabulación creativa de Enrique Jaramillo Levi* (2000); *Redacción: método y práctica* (2000); *Las trampas de la escritura* (2000); *De mar a mar* (2001). Recibió segunda mención de honor en el Concurso Nacional de Literatura Infantil Carlos Francisco Chagmarín 2008 con el libro *Aventura de Colores*.

Lo había visto en el inmenso colegio donde yo estudiaba, y en más de una ocasión se detuvo a admirar mis monumentales y firmes senos que siempre los llevaba libres y en gozoso movimiento. Por eso no me amedrenté cuando, al bajar, mi amiga iluminada, me informó que el ascensor una vez más mostraba sus achaques mensuales.

Al subir, el viejo mecanismo dio un salto como caballo encabritado, todos los libros de álgebra, español y de lenguaje mímico que llevaba se me resbalaron y en el intento por asirlos, toqué accidentalmente las partes íntimas de mi acompañante que al instante respondieron a mis dedos con un saludo efusivo y fuerte. Un huracán interior se desató. El dedo en el piso13 seguía insistiendo sobre el botón de llamada. El nuevo salto para continuar ni siquiera lo notamos, la máquina indiferente a la tormenta de caricias y gemidos siguió su rumbo. Nuestros veleros de las ganas inclinaban sus velas, cuando a nuestras espaldas alguien nos remecía con fuerza y angustia, así fue que abrimos los ojos y vimos a doña Bárbara Morales, la directora del colegio para sordos donde estudiábamos, con su expresión de rectitud implacable que combinaba con el rodete de su cabello y con el tieso almidón de su vestido negro que con sus cuencas desorbitadas, como pez fantástico de las Fosas Marianas, empujaba a nuestros cuerpos elípticos que aún cuchicheaban sobre el amor.